Historia del sitio de Zaragoza

Madrid

[1894?]

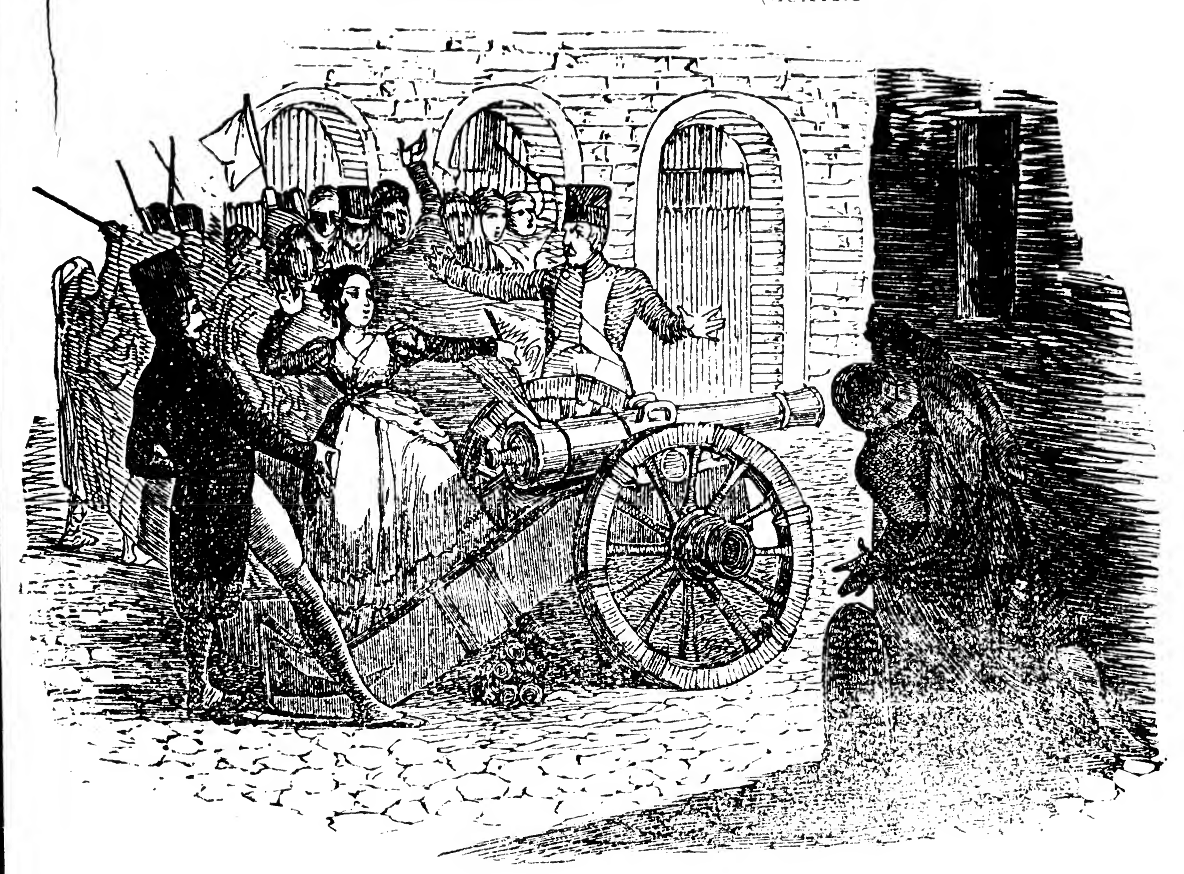
BIBLIOGRAPHIC RECORD TARGET
PRESERVATION OFFICE
CLEVELAND PUBLIC LIBRARY

RLG GREAT COLLECTIONS
MICROFILMING PROJECT, PHASE IV
JOHN G. WHITE CHAPBOOK COLLECTION
Master Negative Storage Number: OCl00041.20

Control Number: ADT-1333
OCLC Number : 29443909
Call Number : W 381.568 H629 v.1 HISSIT
Title : Historia del sitio de Zaragoza : y su defensa memorable durante la guerra llamada de la Independencia en 1808.
Imprint : Madrid : Hernando, [1894?]
Format : 32 p. : ill. ; 22 cm.
Note : Cover title.
Note : Title vignette.
Subject : Chapbooks, Spanish.
Subject : Zaragoza (Spain) History Siege, 1808-1809.
Subject : Spain History Napoleonic Conquest, 1808-1813.

MICROFILMED BY
PRESERVATION RESOURCES (BETHLEHEM, PA)
On behalf of the
Preservation Office, Cleveland Public Library
Cleveland, Ohio, USA
Film Size: 35mm microfilm
Image Placement: IIB
Reduction Ratio: 8:1
Date filming began: 9/21/94
Camera Operator: AR

(CUATRO [illegible]IEG[illegible])



HISTORIA

DEL

SITIO DE ZARAGOZA

Y SU DEFENSA MEMORABLE

Durante la guerra llamada de la Independencia en 1808.

DESPACHOS:

MADRID
Hernando, Arenal, 11.

BARCELONA
Bou de la Plaza Nueva, 13.


ES PROPIEDAD



HISTORIA

DEL

SITIO DE ZARAGOZA.

PRIMERA PARTE.

Alzamiento de Zaragoza.—Arresto del capitan general don Jorge Juan Guillelmi.—Es nombrado interinamente su segundo el general Mori.—El Tio Jorge conduce á Palafox á Zaragoza.—Entrevista de este con el general Mori.—Hace este dimision del cargo de capitan general, y en su lugar es nombrado Palafox.

Tomando por pretesto el invadir á Portugal, consigió el emperador Napoleon introducir en España gran número de tropas y apoderarse de todas las principales plazas y fuertes, sin que esta operacion, que tanto convenia á sus intentos ambiciosos y secretos, le costase el menor trabajo, ni sacrificio de un solo hombre. Solamente por medio del engaño y abusando de la generosidad española, pudieron susa guerridas tropas salvar las crestas de los Pirineos, y como si hiciesen una marcha triunfal, enseñorearse de la patria del Cid y de tantos héroes

como hermosean las páginas de nuestra historia. El leon de España yacía sumergido en letárgico sueño por no ver lo que pasaba en torno suyo, mientras el águila imperial estendia su atrevido vuelo sobre la amedrantada Europa. Pero estaba señalado por el dedo de Dios el dia en que despertando y sacudiendo su luenga y espesa melena, al impulso de su garra la habia de sepultar en el polvo. Por mas halagos que le hiciera el Capitan del siglo, no consiguió amansarlo. Pues qué, ¿era posible encadenar al leon que durante ocho siglos habia peleado contra todo el pueblo musulman hasta conseguir arrojarlo de su invadido señorío? ¿Tan enervado y entumecido se le creia? Así creyó Napoleon por su desgracia, dando lugar á que el leon español diera las mismas pruebas de valentía que en Sagunto y en Numancia, y en Sevilla y en Granada; en Roncesvalles y en Pavía.

Verdaderamente, la España en aquella desgraciada época, á los ojos de un conquistador que como Nopoleon no respetaba los derechos de las naciones, y saltaba las barreras impuestas por las leyes divinas y humanas, solo por saciar su desordenada ambicion, no era mas que un laurel fácil de coger, con que aumentar la corona que ceñia sus sienes.

El pueblo español se vió huérfano y oprimido en el año 1808, y las primeras demostraciones de su descontento las dió en Madrid el siempre memorable dia 2 de Mayo del citado año. La cruel venganza que tomaron los franceses, y las noticias que continuamente llegaban de las escandalosas escenas que tenian lugar en Bayona, habia hecho profunda impresion en los ánimos, y era imposible contener una conflagracion general. En toda España, tanto en las ciudades mas populosas, como en las aldeas mas insignificantes, á la llegada del correo se reunia multitud de gente, ansiosa de saber las nuevas que traia, y cada dia los corrillos que se formaban, despues de haberse comunicado las noticias que llegaban á sus oidos, manifestaba su despecho y la tristeza y el furor se pintaban en los semblantes de todos.

Al cabo, Napoleon creyó llegado el tiempo de arrojar la máscara, y se erigió en dueño de la nacion española. Sabido en Zaragoza este atentado el dia 24 de Mayo de 1808, amotínase el pueblo pocos momentos despues de la llegada del correo que habia traido esta noticia, y acaudillada la multitud por el practicante Gonzalez y los labradores Zamoray, Cerezo, Forces, Grasa, Nuñez, y por el valiente Tio Jorge, vecino del arrabal, se dirigió á la casa del capitan general, y con energía le pidieron armas. Era entonces capitan general de Aragon D. Jorge Juan Guillelmi, que tanto por ser extranjero, como por la debilidad que mostraba en dar cumplimiento á las órdenes de los franceses, todos desconfiaban de él. Al principio se resistió á entregarlas diciendo que los peticionarios no sabian manejarlas; y que no

tenia inconveniente en ponerlas en manos de militares. Los zaragozanos que veian la España invadida, y de un momento á otro temian ser acometidos por numerosas tropas francesas, no se dieron por satisfechos. El pueblo entero no cesaba de gritar «armas! armas!» Viendo el capitan general que tenia que condescender de grado ó por fuerza, se dirigió á la Aljafería, antiguo palacio de los reyes de Aragon, seguido de todo el pueblo, y aunque todavía procuró entretenerlo con estudiadas dilaciones, todo fué en vano. Las llaves de la armería fueron entregadas á los alcaldes, y todos los fusiles que contenia se distribuyeron entre el pueblo con el órden mas admirable. Despues quiso el general volverse á su casa, pero se le dijo que quedaba allí por su propia seguridad; y viéndose falto del apoyo de todas las autoridades, hizo dimision de su cargo en la mañana del siguiente dia, entrando á reemplazarle interinamente su segundo el general Mori. Este convocó una junta en la mañana del mismo dia, pero poco satisfecho el pueblo de su conducta, y temiendo la llegada de un cuerpo francés de 12,000 hombres que decia haber pasado á marchas forzadas por Tolosa de Guipúzcoa, creyó cubrir la primera de sus necesidades nombrando un general paisano suyo.

A poca distancia de Zaragoza hay una torre ó casa de campo que se llama de Alfranca, y en aquellos dias servia de refugio al brigadier D. José Palafox y Melci, hijo segundo del Marqués de Lazan, título de una de las familias mas antiguas y distinguidas del reino de Aragon. A principios de Mayo habia ido á Bayona con el ayudante Butron, compañero suyo, de órden de su jefe el marqués de Castelar, á informar á Fernando VII de lo ocurrido en la entrega de Godoy á las tropas francesas. Cumplida su mision se escapó de Bayona con Butron, disfrazados de labradores, dirigiéndose á Zaragoza. Aquí trató de sublevar al pueblo contra los franceses, para lo cual entró en conferencias con los labradores del Arrabal y particularmente con el Tio Jorge. Viendo al pueblo dispuesto á la insurreccion se avistó con el general Guillelmi, con el objeto de que armase al pueblo, lo que no solamente no consiguió, sino que supo por este jefe que tenia órdenes de Murat para arrestarlo por haberse escapado de Bayona. Sabido esto por Palafox, se retiró de nuevo á la torre de Alfranca, y permaneció escondido con el ayudante Butron, sin dejar sus tratos secretos con el pueblo, hasta que el dia 25 de Mayo el Tio Jorge, seguido de su gente, los hizo salir de allí, y en la tarde del mismo dia los condujo á Zaragoza en un coche escoltado por los labradores armados con sus trabucos y escopetas. Palafox inmediadamente se avistó con Mori, y á la mañana del siguiente dia se reunió el acuerdo. Palafox manifestó que su salida de Bayona habia sido con el objeto de cooperar al alzamiento, que así se le habia manifestado en la oprimida corte del

jóven monarca; y refiriéndose á los deseos del pueblo de nombrarle su caudillo, logró que se le librara de semejante cargo, que otros podian desempeñar con mas acierto, pues él no aspiraba mas que á sacrificar su vida y sus bienes en defensa de la patria. El pueblo estaba en la calle esperando ansioso el resultado de aquella reunion, y no cesaba en sus entusiastas gritos. El general Mori, viendo que la opinion no le era favorable, declinó su cargo en Palafox, cuya noticia llenó de gozo al paisanaje, que acompañó á su casa al nuevo jefe con delirantes gritos de entusiasmo. La ambicion de Palafox no podia ser mas santa. Escasos eran sus conocimientos militares, y su práctica en los negocios, ninguna; pero tenia valor y verdadera modestia. Su alma elevada era dócil á los consejos de la esperiencia y del saber ageno. Fueron sus mentores D. Basilio Boggiero, clérigo de las Escuelas Pias, D. Lorenzo Calvo de Rozas, y el antiguo oficial de artillería D. Ignacio Lopez, de quienes hablaremos mucho en el curso de esta narracion. El virtuoso y célebre Jovellanos llegó aquel dia á Zaragoza de vuelta de Mallorca, donde habia estado preso hasta la exaltacion de Fernando al trono, y aunque le instó Palafox para que se quedara, deseando tener en él un digno consejero, el ex-ministro deseaba restituirse á su patria, que tenia mas derecho á sus luces y talento, y el dia 28 por la mañana salió de Zaragoza despues de haber tenido el honor de ver escoltado su alojamiento, en la posada de los Reyes, por una seccion de escopeteros á las órdenes del Tio Jorge.

Palafox, para hacer mas solemne el alzamiento de Zaragoza, convocó las Córtes de Aragon, á las cuales, reunidas en 9 de Junio, manifestó todas las medidas que habia tomado para la defensa del reino. Las Córtes dieron su aprobacion, lo confirmaron en el cargo de capitan general, y se retiraron despues de haber nombrado seis personas que en union con él adoptasen las medidas mas convenientes para la defensa del reino.

En estas Córtes se reunieron los diputados de los cuatro brazos, nueve por el estado eclesiástico, siete por el de nobles, nueve por el de hijos-dalgos, y ocho en representacion de Zaragoza, Jaca, Calatayud, Borja, Teruel, Fraga, y Cinco-Villas, ciudades de voto en Córtes. El general Palafox manifestó en su primera proclama á los aragoneses, dada el 27 de Mayo, que *si Aragon en aquellas circunstancias no consentia otros fueros que los suyos, Aragon sabria sostenerlos.* Con cuyas palabras rindió el homenaje debido á las glorias del país, sin ser sus intenciones que Zaragoza formase causa aparte de las demas provincias, sino que todos cooperasen á la defensa de la patria y á rechazar el yugo francés que á la fuerza querian imponernos.

CAPITULO II.

Estado de Zaragoza al estallar la insurreccion.—Medidas adoptadas por el general Palafox.—Organizacion de algunos batallones.—Aproximacion de las tropas francesas al mando del general Lefebvre.—Acciones desgraciadas de Tudela, Mallen y Alagon.—Son derrotados por cuarta vez los aragoneses en las cercanías de la capital.—Palafox sale de Zaragoza.—Ataca Lefebvre á Zaragoza.—Heróica defensa de la ciudad.—Memorable victoria de las Heras.

ENUMERAMOS estos hechos para que se vea lo que puede el pueblo cuando se arma en defensa de una causa santa, y exhortado por la voz del honor y del patriotismo.

Al estallar la insurreccion, todo el reino de Aragon se hallaba enteramente desprovisto de tropas de línea, de armas y de municiones. Toda la fuerza existente en Zaragoza el dia 26 de Mayo, consistia en 205 fusileros ó miñones, 525 hombres de las partidas de reclutas, y algunos oficiales y soldados de diferentes cuerpos que estaban de guarnicion en la capital, y los que se fugaban de todas partes huyendo de la dominacion enemiga. Palafox reunió los oficiales retirados y los soldados de línea, con lo cual formó la base del ejército de Aragon.

Creó siete batallones nuevos, fuerte cada uno de 1000 hombres, á los cuales se les dió el nombre de *tercios*. Los estudiantes de la universidad, disciplinados por el baron de Versage, formaron uno de estos batallones, que se distinguió despues por su denuedo y bizarría. Se mandó depositar en los ayuntamientos á todos los vecinos las escopetas y armas de todas clases que poseyesen, para repartirlas despues á los paisanos organizados. Varios oficiales é individuos de prestigio salieron á poner en movimiento los pueblos y á alistar la juventud. Mandóse tambien presentar todos los caballos á propósito para el servicio, indemnizando á sus dueños debidamente. Se activó la fabricacion de pólvora en Villafeliche. Se tomó razon de los carros y ace-

milas y de las existencias de granos, é igualmente de los paños y lienzos que para vestuario tenian en sus almacenes los mercaderes. Se impuso la obligacion de denunciar los bienes pertenecientes á franceses, y á los artesanos se les ocupó en construcion de cananas, chuzos y toda clase de armas. Se cubrieron varios puntos amenazados del distrito, el regidor Solanot salió para Mallorca á conferenciar con los ingleses y á activar el envío de tropas, y se tomaron otras acertadísimas medidas.

Napoleon se dió prisa á sofocar este alzamiento, para lo cual dió órden al general Lefebvre-Desnouettes de que inmediatamente marchara sobre Zaragoza con 5.000 hombres de infantería, 800 caballos y algunas piezas de artillería. La junta de Notables que se habia reunido en Bayona, compuesta de veinte y cinco individuos, á la sazon que hacian un papel bien ridículo por cierto, con fecha 4 de Junio, espidió un manifiesto á los aragoneses, aconsejándoles en los términos mas humillantes que se redujesen á la obediencia de S. M. I. y R. el emperador de los franceses. Este manifiesto, como pueden suponer nuestros lectores, y era natural, fué recibido con el mayor desprecio por los valientes aragoneses. Al mismo tiempo el generalísimo Murat habia mandado desde Madrid al mariscal de campo marqués de Lazan, hermano de Palafox, para que hiciera desistir á este de sus proyectos. Pero el marqués que habia aceptado la mision con el objeto de evadirse de Madrid, se adhirió desde luego con el mayor entusiasmo al alzamiento.

El general Lefebvre reunió su division en Pamplona. La tercera parte de su infantería la componian los famosos regimientos del Vístula primero y segundo, la caballería, un regimiento de lanceros polacos, la artillería con algunas piezas de batalla.

A esta disciplinada y aguerrida division, por dar gusto al paisanaje entusiasmado, salió al encuentro, primero en Tudela y despues en Mallen, el marqués de Lazan con unos cinco mil hombres, de los cuales á lo mas quinientos eran de tropas regladas. En ambos puntos la disciplina triunfó del valor personal, pero no por eso decayeron los ánimos de los esforzados aragoneses. En los pueblos del tránsito los franceses, creyendo inspirar terror y miedo, y apaciguar la insurreccion contra ellos, saquearon y fusilaron varias personas, con lo que no consiguieron mas que exacerbar los ánimos.

Sabida en Zaragoza la desastrosa jornada de Mallen el mismo dia 13 por la noche, reinó la mayor confusion en la ciudad durante algunos momentos. Varios magistrados, títulos y personas acomodadas, pidieron pasaporte para trasladarse á otros puntos huyendo del peligro, y así lo hicieron la madrugada siguiente. El paisanaje armado continuaba en su entusiasmo cada vez mas á medida que el peli-

gro se acercaba; todos á voz en grito decian las disposiciones que debian tomarse en tan críticos momentos, opinando la mayoría en que lo que convenia en tal trance era salir de nuevo al encuentro del enemigo.

El general Palafox conocia demasiado lo absurdo que era esponerse á una tercera derrota saliendo con bandas indisciplinadas á batirse en campo raso con los vencedores de Europa. Pero en aquellos valerosos corazones no habian hecho mella las agudas puntas de las lanzas polacas, que tan sin piedad los habian acuchillado en Mallen. Sin embargo, no pudiendo contener aquel entusiasmo que rayaba en el delirio, se determinó el general Palafox á arrostrar personalmente aquella empresa, que verdaderamente era una locura. En la madrugada del siguiente dia, salió de Zaragoza para la villa de Alagon, á donde llegó entre diez y once de la mañana, con unos cinco mil paisanos, ochenta dragones, algunos voluntarios de Aragon y cuatro piezas de artillería. Situó su gente mas allá de la poblacion, de la manera mas conveniente, colocando un cañon en el puente del Jalon, cuyo paso se queria impedir á las tropas francesas, otro á las inmediaciones del mismo puente, y los dos restantes en las heras.

No tardaron los franceses en aparecer divididos en tres columnas, una por el camino de Borja, otra por el de Mallen, y otra por la huerta de Cabañas.

Los voluntarios fueron los primeros en romper el fuego; y la tropa de línea situada á la izquierda, lo sostuvo con bastante serenidad. El paisanaje del centro favorecido por la inundacion del terreno se batió con valor y bizarría. La artillería francesa empezó á disparar y los lanceros polacos avanzaban dispuestos á renovar las escenas lamentables de Mallen. Entonces empezó á cejar el paisanaje, poniéndose poco despues en dispersion con la noticia de que los franceses querian caer sobre su espalda y cortarles la retirada. En vano Palafox procuró contener la muchedumbre, y se esforzó con la poca tropa de línea que tenia y artillería en impedir al enemigo la entrada en el pueblo; viéndose obligado despues de un fuego largo y mortífero, á retirarse precipitadamente por la orilla derecha del Ebro, con doscientos cincuenta hombres. La mayor parte del paisanaje se salvó; pero muchos murieron, ó á manos del enemigo, ó ahogados en el Ebro al intentar vadearlo, ó rendidos de cansancio. Al saberse esta funesta nueva en Zaragoza el dia 14 por la tarde, reinó la mayor consternacion. Todo era llantos y gemidos. La madre, la esposa, la hija y la hermana, dando desgarradores alaridos buscaban ansiosas los objetos de su ternura. Despues de anochecer entró Palafox, y la llegada de muchos fugitivos reanimaron los corazones.

El general Lefebvre pasó en Alagon la noche del 14 muy tranquilo, prometiéndose un triunfo completo y fácil sobre los *treinta mil idiotas*, que segun sus espresiones abrigaba la ciudad. A todos los prisioneros que habia hecho el dia antes dió libertad, para con este rasgo grangearse la simpatía de los zaragozanos y facilitarse la entrada en la ciudad. Deseando tambien evitar desgracias y derramamiento de sangre, envió á Palafox aquella misma tarde proposiciones para que se rindiese, de cuya mision se encargaron tres españoles de distincion que acompañaban al ejército francés. Palafox desechó la intimacion en lo tocante á su persona; pero temiendo no poder sostenerse en el recinto de la ciudad salió de ella el dia 15 á las nueve de la mañana, para buscar mas recursos y acabar de organizar el ejército de Aragon. Su hermano el marqués de Mazan hizo lo mismo á las tres de la tarde, quedando el mando de la plaza á cargo del teniente rey Bustamante.

Aquí empiezan las gloriosas páginas de Zaragoza. Sus patriotas é indomables habitantes no doblan la cerviz á los golpes de la desgracia. Cañoneados en Tudela, acuchillados en Mallen, rotos y dispersados en Alagon, aun tienen alientos. No se han repuesto del cansancio del dia anterior, y con prodigioso entusiasmo se preparan á combatir con tan terrible enemigo. La ciudad no tiene baluartes que la defiendan: ademas la guarnecen algunas compañías de tropa de línea; pero sus habitantes darán la última gota de su sangre generosa antes que faltar á su juramento. ¡Han jurado defender la patria contra el enemigo de sus libertades y de su independencia, y este juramento lo sellarán con su sangre!

Mientras que el general Lefebvre á la cabeza de sus aguerridos batallones avanza hácia Zaragoza, pensando alojarse en el alcázar de los reyes, veamos lo que pasaba en el interior de la ciudad

Los regidores celebraban ayuntamientos ocupándose del estado crítico en que se hallaba. La consternacion la aumenta el teniente rey Bustamante, pintándoles con los mas vivos colores la falta absoluta de recursos en que se veian para resistir á un enemigo que avanzaba victorioso por la llanura y que estaba ya á las puertas de la ciudad. Los regidores determinan tener otra sesion á las dos de la tarde para tratar definitivamente lo que debia de hacerse en momentos tan apurados, cuando de repente invade el salon un grupo de paisanos, y encarándoles sus trabucos, les hacen salir de allí, diciéndoles que aquella no era ocasion de hablar sino de obrar, y que iban á ocupar los balcones para desde ellos hacer fuego al enemigo. Los regidores se retiraron á sus casas y en ellas esperaron el final de aquella escena.

Muchos patriotas habian ocupado con anticipacion los sitios avanzados del puente de la Muela, altura de San Gregorio, Monte Torrero,

San Lamberto y Casa-Blanca, para contener algun tiempo al enemigo y dar lugar á que en la ciudad se fortificasen lo mejor que pudiesen. Pronto disiparon estos obstáculos los franceses. Pero dentro estaba el leon que con su fuerte garra habia de defender á la ciudad.

A pesar de tantas derrotas y tan lamentables pérdidas, asombra el ver este pueblo magnánimo prepararse á la pelea que dentro de pocas horas iba á tener lugar, con el mayor denuedo y sangre fria.

El general francés avanzaba sin recelo, creyendo que nada impediria su entrada triunfal en la ciudad, cuya patrona es la Vírgen de Pilar.

La ciudad carecia de la direccion que podia darle su caudillo; pero el paisanaje inspirado por el amor de la patria y el ódio á un enemigo tan alevoso, corre á las puertas, cruza en ella tablones y maderos, y coloca la artillería, que por cierto era muy poca la que podia disponer en trances tan apurados, arrastrándola á fuerza de brazo.

En la puerta del Cármen, considerado como punto céntrico del ataque, se pusieron tres cañones, que estaban en el Mercado donde para nada servian.

Solamente la parte que dá al Occidente de la ciudad era la que podia oponer alguna resistencia á los invasores, porque á su estremo tenian el castillo, cuyos fuegos podian cruzarse con los del cuartel de Caballería. En el resto, la línea de defensa consistia en débiles tapias, y para cubrirlas no bastaba el paisanaje, cuyo aturdimiento é imprevision en aquel dia fué tal que no ocupó los conventos extramuros, desde donde con fuego certero podia haber molestado al enemigo.

Las calles mas próximas al sitio de la pelea se llenan de gente; la que no puede servir para empuñar las armas se prepara á auxiliar á los combatientes llevándoles víveres, municiones, conduciendo los heridos y cuanto fuese necesario. Los edificios mas inmediatos estaban coronados de ancianos, mujeres y niños ansiosos de presenciar la contienda.

Era poco mas de medio dia. Los franceses avanzaban en tres columnas. La de la izquierda se dirige á la puerta del Portillo resguardándose de los fuegos del castillo con el convento que estaba al frente; la del centro avanzaba á la puerta del Cármen, y la de la derecha toma posicion en un olivar, amenazando la de Santa Engracia.

El combate empieza, y es terrible. Los franceses son rechazados de la puerta del Portillo; dirígense en seguida al cuartel de Caballería, entran en él, y de él son arrojados á viva fuerza; entran hasta tres veces sin que les infundan espanto los numerosos cadáveres de sus compañeros, y otras tantas veces son rechazados.

La misma suerte tienen en la puerta del Cármen. Sus valientes defensores los reciben formados en dos filas fuera de las tapias, y con la mayor serenidad y bizarría contestan al fuego de las guerrillas fran-

cesas. La artillería no les infunde pavor. A sus descargas contestan tambien con su artillería, que aunque servida por paisanos, hace retroceder á los invasores. Aquellos valientes no se contentan con mantenerse firmes en su puesto, que no era poca gloria, sino que salen



fuera de las murallas, persiguen al enemigo, hacen en él increible matanza, y vuelven á la ciudad con cuatro banderolas y otros tantos cañones, hermosos trofeos que manos inespertas en el ejercicio de las armas han arrancado á las aguerridas huestes, espanto de la civilizada Europa.

Viendo estaba Lefebvre aquellos prodigios de valor y la derrota de sus soldados, y no queria dar crédito á sus ojos. Un escuadron de caballería penetra en la ciudad á favor del desórden que produjo la idea precipitada de los defensores de la puerta de Santa Engracia para impedir la entrada al enemigo. Los tristes restos de este escuadron que á tiros y á pedradas fué despedazado en las calles, se presentaban magullados y contusos á su general y le hacen ver lo imposible que era tomar una poblacion animada de aquel ardor patrio. Sin embargo, vuelve á dar la señal de acometer, y los franceses embisten al mismo tiempo por todos los puntos á la ciudad. Triplicado el peligro, el valor de los defensores se aumenta en proporcion, y rechazan al francés que se pronuncia en vergonzosa fuga perdiendo dos cañones mas. Los vencidos bendicen la noche que viene á ocultar su ignominia, y se retiran despidiendo algunos mistos y granadas sobre el cuartel de Caballería, sin duda porque fué el teatro mas sangriento de su derrota, y oyendo á lo lejos las voces con que esclaman los héroes: VICTORIA!

Los zaragozanos designan este porfiado combate con el nombre de Batalla de las Heras, por haber sido el campo llamado del Sepulcro, inmediato á la puerta del Portillo, el sitio principal de aquel acontecimiento á la derecha de su línea.

Los franceses perdieron seis cañones, tuvieron 500 muertos, por la parte mas corta, y un número proporcional de heridos.

Señaláronse en esta memorable defensa el distingido coronel Renovales, los patriotas hermanos, don Mariano y don Manuel Cerezo, el presbítero don Santiago Sas, el teniente de húsares don Luciano de Tornos, el de dragones del Rey don Manuel Viana, el bravo labrador Zamoray, el coronel don Antonio de Torres, un oficial sobrino del general Guillelmi encerrado con este en la Aljafería, y otros cuyos nombres seria prolijo citar. A los primeros tiros faltaron en casi todos los puntos los tacos y las municiones, pero los habitantes proveyeron á esta necesidad trayendo de su casa los utensilios metálicos que tenian, y algunos los trapos y hierro viejo que constituian todo su patrimonio. Hombres y mujeres hacian pedazos sus vestidos, ofreciéndolos para tacos cuando otra cosa no habia. Todos contribuyeron á salvar la patria.

Pero lo que hemos narrado hasta aquí, no son mas que los preludios de la gloria inmarcesible que habia de cubrir á los héroes de Zaragoza, y de las calamidades sin cuento que la venganza francesa habia de hacer llover sobre ellos, como se verá en los capítulos siguientes de esta verídica relacion.



CAPITULO III.

Forzosa inaccion de los franceses.—Reciben refuerzos considerables y toma el mando del ejército sitiador el general Verdier.—Negociaciones inútiles de los generales franceses.—Juramento solemne de los zaragozanos.—Bombardeo de Zaragoza.—Vuelve Palafox á la capital.—Furiosos ataques del 2 de Julio.—El premio de la heroina.



ONOCIENDO Lefebvre su impotencia ante las débiles tapias de Zaragoza, se decidió á aguardar refuerzos. Sin embargo, antes de que llegasen quiso ver si las negociaciones surtian mejor efecto que las armas; pero se convenció de lo contrario en vista de las enérgicas contestaciones que recibió á nombre del general de las tropas de Aragon.

Entre tanto, los zaragozanos aprovechaban la forzada inaccion de los franceses. Aquel pueblo de labriegos pacíficos se habia convertido en un momento, al grito santo de independencia, en un pueblo de guerreros y de héroes. «Grande y sublime, dice un distingido escritor, era ver aquellos hombres convertidos de pronto en ingenieros, arquitectos y zapadores, formando baterías con sacos de lana y de tierra, parapetos con ramas y troncos, y embarazos á la caballería enemiga con los bancos de las iglesias, los armarios y tableros de los comerciantes y con toda clase de utensilios domésticos.» El coronel de ingenieros don Antonio Sangensi, único jefe de aquella arma que existia en la ciudad, dirigia las obras de fortificacion. Este benemérito oficial habia sido preso por sospechas infundadas el dia 15, y el 16 fué puesto en libertad por el intendente don Lorenzo Calvo de Rozas para que se encargase de las referidas obras.

Ni una persona estaba ociosa en la ciudad: los frailes hacian cartuchos, otros muchos frailes y eclesiásticos empuñaban el fusil, y las mujeres y niños se empleaban en labores propias de su sexo. La custodia de las puertas fué confiada á los patriotas mas distinguidos. Aspilleradas las tapias y artilladas las puertas, se continuaron las obras de defensa mientras los franceses se acercaban.

Esto no tardó en suceder, reforzados con 3.800 hombres y 46

piezas de grueso calibre entre cañones, morteros y obuses, traidos por el general Verdier que reemplazó en el mando á Lefebvre.

Toda la segunda quincena de Junio estuvo ausente de Zaragoza el general Palafox. El dia 24 mandó á su hermano el marqués de Lazan como gobernador de la plaza. Este general en cuanto llegó convocó una junta; y tomando algunas medidas que tan críticas circunstancias exigian, se determinó que al dia siguiente la tropa y paisanos armados prestasen un juramento de fidelidad en la plaza del Cármen ante la imágen de la Vírgen del Pilar. Este acto tuvo lugar de una manera solemne con asistencia de las autoridades eclesiásticas, civiles y militares, y el juramento estaba concebido en estos términos: «¿Jurais, valientes y leales soldados de Aragon, el defender vuestra pátria, sin consentir jamás el yugo del infame gobierno francés, ni abandonar á vuestros jefes y esta bandera, protegida por la Santísima Vírgen del Pilar, vuestra patrona? *¡Si juramos!* contestaron las tropas; *¡juramos!* respondio el paisanaje; *¡juramos!* replicaron las mujeres y los niños..... y el aire resonó en todas partes con aquella sagrada protesta. Mucho prometer era aquel, dice el historiador citado anteriormente; pero Zaragoza juraba lo que estaba resuelta á cumplir.»

Antes de proceder al juramento habia contestado el marqués de Lazan á las últimas proposiciones que le habian hecho los generales franceses de que rindiese la plaza.

El intendente Calvo de Rozas, cediendo á las arterías de un comandante polaco, salió de Zaragoza. El polaco quiso abusar de su posicion; pero desconcertado por la entereza de Calvo de Rozas, le propuso una entrevista con los generales. Esta tuvo efecto en el camino frente á la puerta del Portillo. Los generales franceses le manifestaron que era un desvarío el que Zaragoza pensase en la resistencia, cuando ellos podian convertirla en cenizas y pasar á cuchillo sus habitantes en castigo de su obstinacion; que si se rendia por sí misma, serian respetadas las vidas y propiedades de todos, y hasta los empleados conservarian sus destinos. Calvo les contestó con la misma entereza que al polaco; mas no por eso se negó á participar á las autoridades de Zaragoza tan espantosa intimacion. Enterado el marqués de Lazan, dió una contestacion digna de un español, diciendo: que Zaragoza y sus valientes habian jurado morir antes que someterse al yugo francés.

Unos y otros se dispusieron al combate.

Los franceses atacaron el 27 de Junio con denodada furia y tenaz empeño los puestos esteriores; y casi estuvieron para penetrar en el recinto de la ciudad, merced á una gran desgracia que aconteció en aquel funesto dia á los valientes zaragozanos. Fué el caso

que temiendo que los franceses se apoderasen de la pólvora que habia en Monte Torrero, trataron de quitarla de aquel lugar y almacenarla en las escuelas del Seminario, sito en las Piedras del Coso. Tal fué el aturdimiento y descuido con que hicieron esta operacion, que á las tres de la tarde se les prendió fuego; y aquel solidísimo edificio se reventó volando por los aires las vigas, los carros y los hombres. Catorce casas de las inmediaciones cayeron, y muchas quedaron resentidas. El estampido fué tal, que consternados los habitantes, salian despavoridos de sus casas y mirando con tristeza la inmensa nube de humo que se cernia sobre la ciudad, prorrumpian en desgarradores alaridos creyendo llegada su última hora. El marqués de Lazan corrió al punto al lugar de la catástofe, y consiguió calmar algun tanto los ánimos, dando las mas acertadas disposiciones. El enemigo, aprovechando tan tristes momentos, acometió con furia las puertas de la ciudad, pero los valientes que las defendian, haciéndose superiores á la desgracia, los rechazaron con increible valor. Pero la desgracia era grande! Comenzaron á carecer de la pólvora que en tanta cantidad necesitaban, y fué preciso que los frailes, los niños y las mujeres, se dedicasen á hacer hoy la que mañana se habia de consumir.

El dia 28 sucedió otra gran desgracia. Los franceses se apoderaron del Monte Torrero, posicion avanzada, mal defendida por un corto número de hombres á las órdenes del teniente coronel don Vicente Falcó. Este valiente oficial de resultas de este acontecimiento fué preso, y habiéndosele formado consejo de guerra, fué fusilado el 22 de Agosto á las cinco de la mañana, víctima de viles enemistades.

El 30 de Junio á las doce de la noche empezó el enemigo el bombardeo mas horroroso. Las primeras bombas disparadas desde Monte Torrero fueron á parar mas allá de la ciudad; pero bien pronto los franceses rectificaron la puntería y la carga. Las baterías de la Bernardona y del Conejar comenzaron á disparar á las seis. Un diluvio de bombas y granadas caian sobre la siempre heróica Zaragoza. La campana de la Torre Nueva anunciaba con un toque las bombas que venian de Monte Torrero, y con dos las de la altura de Bernardona. Mil y ochocientas veces, por lo menos, sonó la tremenda campana, siendo mas de mil y ochocientas las bombas y granadas que cayeron en la ciudad en las veinte y siete horas primeras de aquel fuego espantoso y terrible. La mortandad era inmensa, los cañones estaban sin artilleros, el suelo rebosaba de sangre, y á cada momento era necesario que los dragones llevasen á la grupa á los artilleros y soldados de infantería para que defendiesen los puntos mas amenazados por el enemigo. Por dos veces quedó la

puerta del Portillo sin artilleros que sirvieran las piezas que la defendian. Siendo menos activo el fuego por la noche, permitia á los defensores recomponer las baterías y parapetos y arreglar las cañoneras del cuartel de Caballería.

El general Palafox, ausente de Zaragoza desde el 14 de Junio, volvió á la ciudad el 1.° de Julio por la noche. Durante su ausencia habia podido reunir un pequeño ejército de cinco á seis mil hombres, cien caballos y cuatro piezas de artillería. El dia 23 reunió en la Almunia á los jefes de aquella gente, allegadiza en su mayor parte, y les propuso tentar todavía otra vez la suerte de las armas en campo raso, y volar en seguida á socorrer á Zaragoza, cuya heróica resistencia le habia parecido siempre imposible. No eran de la misma opinion muchos de los jefes que allí se encontraban, en vista del éxito desgraciado que habian tenido en Mallén y Alagon. Entonces el general Palafox dijo que daria pasaporte para Valencia á los tímidos que no quisieran seguirle, y recorriendo las filas, esclamó: *Sígame el que me ame*. A esta voz contestó un grito de aprobacion unánime y entusiasta y le siguió todo el ejército. Púsose en marcha á la mañana siguiente en direccion á la Muela, poblacion distante tres leguas de Zaragoza, para desde allí encerrar al ejécito sitiador entre dos fuegos. Lefebvre conoció su intento, y el 24 por la noche se presentó en Epila, cayendo de improviso sobre el ejército de Palafox. Con valor y arrojo, en medio de la oscuridad de la noche, se batieron los españoles; y la artillería dirigida por el coronel don Ignacio Lopez, demostró con sus tiros certeros la merecida reputacion de que gozaba este benemérito oficial. Despues de un fuego largo y nutrido, se retiraron los españoles á Calatayud, dejando la artillería en el campo de batalla y 1.500 hombres entre muertos y heridos. Los que sobrevivieron á esta refriega, divididos en dos grupos, el uno mandado por el general Palafox y el otro por su hermano don Francisco, pasaron la barca de Belilla, y como hemos dicho anteriormente, entraron en Zaragoza el 1.° de Julio por la noche, habiéndose quedado un depósito de hombres en Calatayud, al mando del baron Versage. Grande fue el aliento que cobraron los heróicos zaragozanos con la llegada de su jóven caudillo, y lo demostraron el dia 2 de Julio, dia inmortal, página gloriosa, siempre memorable en los anales de nuestra hermosa Historia.

El dia 2 de Julio, segundo del bombardeo, rompió el fuego el enemigo con todas sus piezas, á las dos de la madrugada; dirigiendo dos morteros, tres obuses y cuatro cañones contra el castillo de la Aljafería y contra las puertas del Portillo y Sancho. A las tres de la madrugada dispuso con la mayor inteligencia el general Verdier un ataque en todos los puntos al mismo tiempo, cargando menos sobre

la puerta del Portillo, para engañar á los defensores y ver de introducirse por ella en la ciudad. La batería de la puerta de Sancho dió la señal de alarma general, y bien pronto los zaragozanos, conociendo su crítica posicion, corrieron á las armas, y en todos los puntos se batieron como leones. El enemigo avanzaba en tres columnas ocultando la mayor parte de su fuerza con el convento de Agustinos, y aislando en su marcha este edificio; pero habiendo enfilado Palafox las piezas de la cortina de la casa de la Misericordia, hizo que se descubrieran. Al mismo tiempo la caballería francesa formada en la cortina de la cuesta de la Muela, frente de la puerta del Portillo, quiso cambiar de posicion, y al verificarlo, las baterías de la mencionada puerta causaron en ella horrible destrozo. Tantos eran los proyectiles que caian en la desgraciada ciudad, y tan furiosos los ataques de los enemigos, que hubo momentos en que la puerta del Portillo era una balsa de sangre, y no habia, como hemos dicho, artilleros que sirviesen las piezas.

El general Verdier hubiera conseguido por este punto completamente su objeto á no haber sido por la esquisita vigilancia de Palafox. Llamada la atencion de los defensores en todos puntos y casi desierta la puerta del Portillo, mandó sobre ella una columna de infantería de 700 á 800 hombres, que con el mayor denuedo y confianza avanzaron, bayoneta calada y á paso de carga, hasta unos veinte pasos de las piezas. Palafox que observaba este movimiento con el comandante Marcó del Pont, mandó cargar de pronto las piezas y retirar las centinelas, para inspirarle mas confianza al enemigo. Este avanzó con sin igual osadía creyendo que iba á poderarse de la ciudad, y cuando se preparaba á asaltar la batería, rompió esta de pronto un fuego espantoso, y dejó tendida por tierra la columna en la misma formacion en que venia. Visto esto por el general Verdier, viendo tambien la vigilancia de los defensores, conoció que no era fácil empresa el tomar á Zaragoza, y que costaria á la Francia mas sangre que la que Napoleon habia empleado en la conquista de reinos enteros. Tres veces fué rechazado el enemigo, sin haber conseguido de tan furiosos ataques mas que apoderarse del convento de San José, situado á la derecha del Huerba estramuros de la poblacion, cerca de la puerta Quemada, y del de Capuchinos á las inmediaciones de la del Cármen. Los zaragozanos todos, y sus jefes, se llenaron de gloria en este dia para siempre memorable: Renovales en la puerta de Sancho, Palafox y Marcó del Pont en la del Portillo, el prebístero Sas en la huerta del convento de Agustinos con sus escopeteros de San Pablo, el capitan de ingenieros Armendariz, y el de cazadores Santistéban en la casa de la Misericordia y en el cuartel de Caballería, Larripa en la puerta del Cármen, el comandante Simonó y el valiente labrador Zamoray en la de Santa En-

gracia y torre del Pino; el marqués de Lazan y el intendente Calvo en todos los puntos que recorrieron con sin igual bravura, y todos los defensores, en fin, porque es imposible citar nombres que sobresalgan entre los demas, tratándose de un pueblo compuesto de héroes.

Las mujeres y los niños recorrian las filas de los combatientes, animándolos á la pelea, y en medio del fuego contínuo del enemígo les llevaban municiones, bebidas y alimentos. No concluiremos este capítulo sin hablar de la Heroina de Zaragoza; de la sin par Agustina Aragon. Esta jóven, hija del pueblo, dotada de tanto valor como hermosura, en uno de los momentos mas críticos salvó en este dia la ciudad. La puerta del Portillo se encontró abandonada, pues los que la defendian huyeron de aquel monton de ruinas, viendo tendidos en el suelo á todos los artilleros que servian las piezas. Una columna francesa avanza confiada en introducirse en la ciudad en aquel intervalo de muerte; Agustina que lo ve, arrebata la mecha de manos de un artillero moribundo, y aplicándola á un cañon de á 24 cargado de metralla, destroza completamente la columna, y jura no desamparar su cañon sino con la vida. Entonces Calvo de Rozas hace retroceder á los hombres del Mercado, y volviendo todos al punto desierto, se cubren de gloria. El general Palafox premió á la Heroina con un escudo de honor y la charretera de oficial.



CAPITULO IV.

Cesa el bombardeo y prosiguen los franceses las obras del sitio.— Renuévase el bombardeo el dia 31 *de Julio.—Asalto de la ciudad el dia* 4.—*Heróica defensa.—Levantan el sitio el dia* 13.



L ver los franceses que habian sido inútiles todos los esfuerzos que en el siempre memorable dia 2 de Julio hicieron para apoderarse de la inmortal Zaragoza, cesaron el bombardeo y con la mayor actividad continuaron aumentando las obras del sitio.

Imposible es contar los memorables hechos de armas que tuvieron lugar en todo el mes de Julio; hechos grandiosos, como lo acreditan las arrojadas salidas de los sitiados para destruir las obras de los sitiadores; salidas que se verificaban no solamente á favor de la oscuridad de la noche, sino tambien á la clara luz de medio dia, no obstante de estar acechados constantemente por numerosos escuadranes de caballería

En todo el citado mes de Julio, las circunstancias de los sitiados habian llegado á ser sumamente apuradas. Los franceses se habian apoderado de la fabrica de pólvora de Villafeliche, que surtia á Zaragoza despues de la desgracia del Coso, y los habitantes tuvieron que establecer molinos dentro de la ciudad, movidos por caballos, esplotar la tierra de las calles para obtener el salitre, quemar la caña del cáñamo para hacer carbon, y acopiar azufre donde quiera que lo encontraban. El enemigo taló y quemó los campos, destruyó los molinos de harina, y cortó los comunicaciones con Cataluña, destruyendo el puente del Gállego.

El dia 31 de Julio tenia el enemigo perfeccionadas sus obras, y al rayar el alba rompió el fuego con sesenta piezas de que se componian las siete baterías que habia construido á tiro de pistola de las débiles tapias de la ciudad. Tan grande fue el número de proyectiles que arrojaron á la poblacion, que en menos de catorce horas contó el vigía de la Torre Nueva mas de 700 disparos. El general, jefe de ingenieros, y ayudante de campo de Napoleon, que mas tarde debia morir ante las débiles tapias de Zaragoza, hizo conocer al general Verdier la imposibilidad de apoderarse de la ciudad si no cambiaba de plan; y así lo verificó, intentando el ataque por la puerta de

Santa Engracia tan horroroso bombardeo, continuó hasta el dia 4 de Agosto, dia elegido por el enemigo para el asalto.

En efecto, abiertas dos grandísimas brechas en las huertas de Santa Engracia y en la de Campo Real, precipítanse por ellas los franceses, y en gran número se internan por la calle del Hospital para ir á atacar por la espalda á los defensores de las puertas. Estos, despues de haber hecho prodigios de valor, se replegan con su artillería mas adentro, colocándose en los puntos mas á propósito para impedir que el enemigo se desparramase por toda la ciudad y consiguiese su intento. Sin embargo, despues de un combate largo y mortífero llegó á dominar el Coso y á estenderse por la calle de este nombre, la mas ancha que tiene la ciudad, llegando hasta la plaza de la Magdalena y la de Estrévedes, é internándose por el Arco de Cineja. En todos los puntos son derrotados y huyen vergonzosamente de la furia zaragozana. Los franceses que se quedaron en el Coso son sitiados á la vez por los mismos zaragozanos que los cortaron con sus fuegos, y construyendo barricadas con sacas de lana y piedras. El dia 4 de Agosto parecia un infierno la ciudad de Zaragoza; no habia esquina ni casa desde donde no se hiciese guerra á muerte al enemigo. Hasta los tejados de las casas y los edificios fueron un disputado campo de batalla. El general Verdier fué herido en el asalto, y entregó el mando á Lefebvre. Hasta el dia 13 continuó el sitio, en cuya noche lo levantaron.

Imposible es enumerar todos los que se distinguieron en él, y principalmente en el angustioso y terrible dia 4, porque no hubo persona que no se distinguiera. Tanto se habian acostumbrado al estampido del cañon, y á oir el desplomamiento de los edificios, que parecia que gozaban cuando los ataques eran mas furiosos. Pero hay hechos que la pluma no puede resistir á dejar de consignar. En el ataque de la torre del Pino, el soldado Ruiz llevó su arrojo hasta el estremo de adelantarse solo al paseo y clavar un cañon enemigo, por cuya hazaña mereció la charretera de oficial: la valiente Agustina, la célebre Casta Alvarez y la insigne condesa de Bureta, doña María Consolacion de Azlor y Villavicencio, que viendo invadida la ciudad y próxima su casa á ser cortada, sale á la calle con sus criados, forma dos barricadas y espera al enemigo, resuelta á resistirse hasta morir. El labrador Cerezo, hombre de mas de sesenta años, feligrés de la parroquia de San Pablo, capitan de una de sus compañías y gobernador del castillo, salió al Coso armado de espada y broquel, y con tan desusadas armas hizo prodigios de valor donde mas inminente era el peligro. Pero nada tan hermoso ni digno de mencion como la enérgica y lacónica respuesta que el general Palafox dió al general Lefebvre el mismo dia 4 en los momentos de mayor conflicto: «Cuartel ge-

neral de Santa Engracia (escribió el general enemigo), PAZ Y CAPITULACION.»—«Cuartel general de Zaragoza (contestó Palafox), GUERRA Y CUCHILLO.»



Hechos como estos deben quedar consignados para siempre en la Historia. Llegó á tanto el arrojo de los zaragozanos en tan memorable dia, que se arrojaban sobre los cañones enemigos, y abrazados con ellos se los quitaban ó los clavaban. No hubo mujer ni niño que estuviera ocioso.

El dia 14 al amanecer, los franceses levantaron el sitio definitivamente, despues de haber volado por la noche los almacenes y varios edificios, y de clavar y echar al canal su artillería gruesa. El dia 6 se dió la órden de levantarlo; pero se revocó hasta el 13, y con tal precipitacion lo hicieron, que hasta el pan que tenian recien amasado en Torrero se lo dejaron. Un refuerzo de víveres y hombres que el general Palafox logró introducir en la mañana del 9, y las noticias de la batalla de Bailén y de la salida del rey José de Madrid, fueron las causas de este acontecimiento. Setenta y cuatro piezas de diversos calibres encontraron los zaragozanos en diferentes puntos. Lefebvre se retiró á Milagro, donde estableció su cuartel general y el grueso de su ejército, despues de haber cortado un arco del puente de Tudela, y habiendo sido incomodado en el camino por muchas partidas sueltas que salieron de Zaragoza en su persecucion.

Tal fué el término del primer sitio puesto por los franceses á la inmortal Zaragoza, en cuyos campos dejaron mas de 3.000 hombres, segun afirma Toreno, aunque hay datos fundados para creer que su pérdida ascendió á mucho mas. Los españoles tuvieron sobre 2.000 hombres fuera de combate. «Célebre y sin ejemplo, dice el citado historiador, mas bien que sitio pudiera considerársele como una continuada lucha ó defensa de posiciones diversas, en las que el entusiasmo y personal denuedo llevaba ventaja al calculado valor y disciplina de tropas aguerridas. Pues aquellos triunfos eran tanto mas asombrosos, cuanto en un principio, y los mas señalados fueron conseguidos, no por el brazo de hombres acostumbrados á la pelea y estrépitos marciales, sino por pacíficos labriegos, que ignorando el terrible arte de la guerra, tan solamente habian encallecido sus manos con el áspero y penoso manejo de la azada y la podadera.»

La Europa miró con asombro una resistencia tan desesperada, y de la cual no ofrecen ejemplo, segun los mismos escritores franceses, los anales de los tiempos modernos. La defensa de Zaragoza, que tan grande ejemplo dió á España, resonará en la série de los siglos venideros.

Hasta aquí todo ha sido triunfos para los valientes zaragozanos. En el capítulo siguiente, último de esta narracion, veremos á la moderna Numancia con su ilustre caudillo Palafox al frente, dar un segundo ejemplo de constancia, tenacidad y heroismo, resistiendo el inmenso cúmulo de calamidades que hizo llover sobre ella la furia francesa.



CAPITULO V.

Vuelven los franceses á sitiar á Zaragoza.— A los dos meses de sitio se rinde la ciudad.

Dos veces hemos visto ya huir en el corto espacio de sesenta y dos dias las aguerridas y disciplinadas huestes francesas ante un pueblo, que como ya queda dicho, se componia en su mayor parte de labriegos, que en aquellos dias de luto y de tristeza demostraron saber manejar la espada de la misma manera que el arado cuando el honor y la patria lo exigian.

Los franceses, primero en número de 6.000 hombres, y despues en el de 14 á 16.000, á cuyo número ascenderian con los refuerzos que incesantemente recibieron de Navarra durante el asedio, tuvieron que retroceder ante las débiles tápias de la inmortal Zaragoza. Napoleon, no solo por vengar tamaña afrenta, sino tambien porque creia que vencida Zaragoza lo estaba el resto de España, hizo caer sobre ella toda la fuerza de su poder.

Palafox, despues de la victoria, no descansó en sus laureles, pues conociendo que no tardarian los franceses en volver sobre aquella ciudad, tan heróica como desgraciada, ayudado de los valientes jefes que quedan mencionados en los capítulos anteriores, trató de fortificar lo mejor que se pudiese la ciudad y edificios estramuros. El castillo de la Aljafería se recompuso algun tanto: desde el Portillo hasta la puerta de Sancho se levantaron baterías; el puente del Huerba tenia un reducto con foso: en la colina del Monte Torrero se habia levantado un atrincheramiento; por último, en el interior de la ciudad todos los edificios principales y conventos eran otros tantos baluartes, y las casas se comunicaban unas con otras por boquerones hechos al efecto. Sin embargo, todos estos medios eran harto débiles para llevar la resistencia á cabo, á faltar el valor sobrehumano que asistia á los bravos zaragozanos.

Hasta el mes de Diciembre no pudieron los franceses volver á presentarse delante de Zaragoza. Los generales Dedon y Lacoste, el primero jefe de la artillería y el segundo de los ingenieros, con rara actividad, reunieron cuanto era necesario para el sitio.

El 21 de Diciembre, el ejército francés, en número de cerca de 40.000 hombres, atacó los puestos avanzados del Monte Torrero,

Casa-Blanca y otros, desalojando á los nuestros de ellos, los cuales pudieron salvar la artillería. En la tarde del mismo dia, el general Gazan con su division de 13.000 hombres atacó al Arrabal; pero fué tal la defensa que hizo la tropa y paisanos que lo guarnecian, mandados por el coronel don Manuel de Velasco, que tuvo que retirarse el francés con pérdida de 3.000 hombres. A este brillante jefe lo ascendió Palafox en el mismo lugar de la pelea á brigadier.

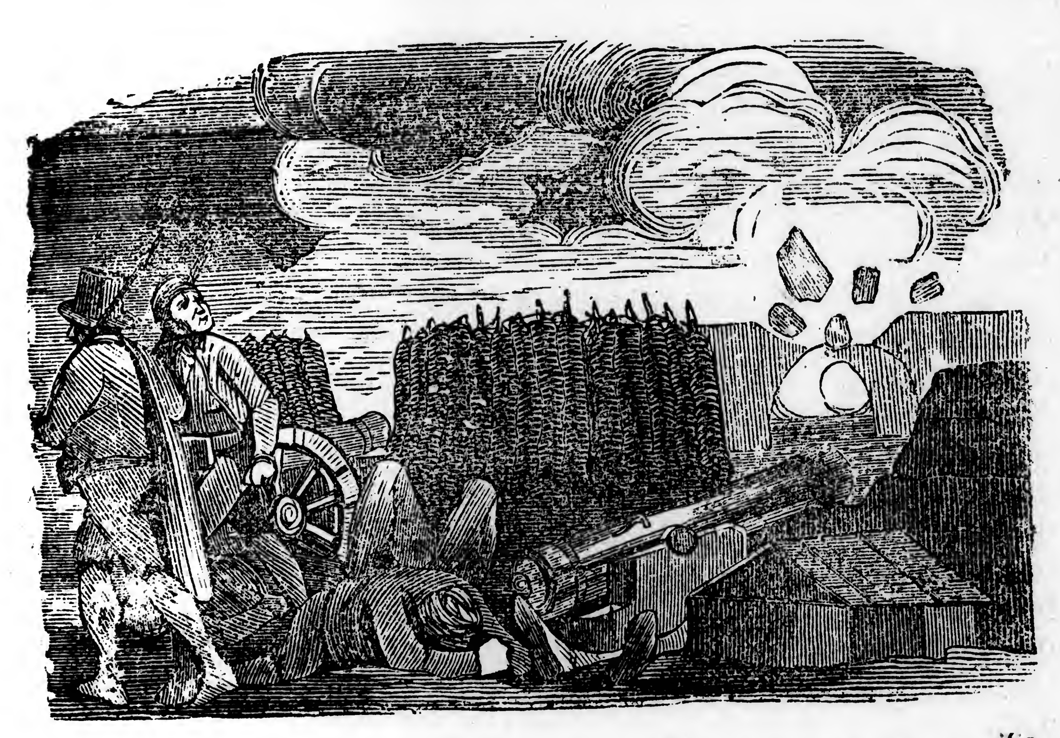
El ejército francés estableció sus hospitales é inmensos almacenes de víveres en la villa de Alagon; y habiendo tomado los puntos avanzados de la poblacion, empezó las obras del cerco.

Las fuerzas con que contaba la ciudad eran 28 ó 30.000 hombres de tropas bisoñas y 10.000 paisanos armados, probados en los combates del primer sitio. Tambien estaba mas fortificada y provista de víveres y municiones.

El 9 de Enero tenia ya el enemigo concluidas sus obras en toda la estension de la línea, á pesar de los repetidos combates que ocasionaron las salidas de los sitiados para entorpecerlas ó destruirlas. El 10 de Enero á las seis y media de la mañana empezó el terrible bombardeo, batiendo la ciudad con mas de cien piezas de grueso calibre. A la misma hora rompió el fuego contra los puntos esteriores, como el convento de San José y el reducto de Nuestra Señora del Pilar, obrando siempre sobre este dos baterías de ocho cañones y obuses, otra batería de brecha con cuatro piezas de á 24, y otra de cuatro morteros; mientras que el de San José se veia combatido por otras cuatro baterías, en las cuales jugaban cuatro piezas de á 24, cuatro morteros, cinco piezas de á 12 y tres obuses. Artillería mas que suficiente para reducir á polvo ambos puntos; el de San José sobre todo, por ser edificio compuesto de paredes debilísimas, sin muro terraplen á su espalda. Heróica fué no obstante, la defensa, y tal, que se cuentan muy pocas en los fastos militares que le puedan ser comparadas.

En el convento de San José mandaba el coronel Benovales, aquel famoso oficial de quien hemos hecho mencion en los capítulos anteriores. En este punto insostenible, el dia 10 de Enero de 1809, se cubrieron de gloria los Guardias Españolas y Walonas, el regimiento de suizos de Aragon, el de cazadores de Valencia, el batallon de voluntarios de Huesca y los milicianos de Soria. A las doce del mencionado dia ya estaba abierta la brecha, y del todo echado por tierra el frente de la izquierda, y á pesar de escudarse el enemigo con las ruinas, aquellos valientes continuaban cubriéndose de gloria. A la una y media de la tarde estaba enteramente derribada la cortina de la izquierda, y á las cuatro no habia en pié ni una de nuestras baterías. Horrible era la mortandad de los españoles, puesto que los artilleros tenian que hacer sus disparos á pecho descubierto. El enemigo trató de ocupar el con-

vento durante la noche, pero fué rechazado despues de dos horas de fuego. El coronel Renovales mandó retirar los cañones viendo que era imposible recomponer las baterías, y al dia siguiente, habiendo sido arrasadas todas las obras, despues de haberse defendido con tenacidad hasta las cuatro de la tarde, abandonó del todo el reducto, despues de retirar sus efectos, entre ellos 300 balas, bombas y granadas de las



que el francés habia lanzado y no habian podido reventar. En el asalto verificado por los franceses con toda la solemnidad que se emplea para tomar las plazas de primer órden, perdimos cien prisioneros que no pudieron retirarse á la ciudad en tiempo oportuno. La defensa del reducto del Pilar rayó en portentosa. Oigamos lo que dice en sus memorias el coronel don Fernando Marin, testigo ocular: «Jamás se habia »visto tan impetuoso y formidable ataque, ni espectácalo mas horro»roso que el que presentaba este lugar de carnicería y desolacion, ni »nunca la historia militar de las grandes edades habia dado ejemplos »mas sublimes y grandiosos de valor, intrepidez y heroismo, que los »que se repitieron en aquel mortífero recinto... Desde el primer dia »de aquel fuego volcánico (10 de Enero) la mayor parte de la arti»llería del reducto quedó desmontada, las cureñas inservibles, los »merlones deshechos, el foso cegado en gran parte, desmoronados »los parapetos, y con 18 toesas de brecha abierta, las 6 practicables. »Las ruinas y el ramaje de los árboles inmediatos, cortado por la »bala rasa y las granadas: las astillas, los escombros y los miembros

»de la multitud de cadáveres diseminados por todo el centro del fuerte, »obstruian las comunicaciones y entorpecian los movimientos: balsas »de sangre cubrian la superficie... Al dia inmediato, luego que ama»neció, y redobló el enemigo con mas teson el fuego devorador de »todas sus baterías contra el reducto, una granada enfiló en la ban»queta del parapeto á once soldados del segundo batallon de volun»tarios de Aragon, que guarnecian el lienzo derecho, y á quienes »destrozó haciéndoles pedazos. La bala de cañon, las granadas de ma»no, la metralla y la fusilería enemiga, arrasaban y destruian cuanto »se les oponia: de nada servian los débiles muros del reducto; todo »venia á tierra, y ya no habia mas defensa que los desnudos y robus»tos pechos de sus defensores. Cinco veces repitieron los enemigos el »asalto, y otras tantas fueron rechazados y arrojados con gran pérdi»da. Se contaban de 15 á 20 oficiales entre heridos y muertos, y todo »el ámbito del fuerte lleno de cadáveres hacinados. Se hicieron prodi»gios de valor, y la inexorable parca parecia haber fijado allí su impe»rio... El ardor y entusiasmo de los bravos defensores del reducto, »los condujo en aquella terrible tarde hasta el extremo de desafiar »y escarnecer al enemigo, provocándole con bandera roja, que se enar»boló sobre el parapeto de su frente; siendo imponderable el valor y »firmeza con que sostuvieron y repelieron los redoblados ataques de »las columnas enemigas, y la impávida serenidad con que despreciani»do su vivísimo fuego las obligaron á huir desalentadas y con una pér»dida inmensa por las repetidas y bien acertadas cargas de nuestras va»lientes tropas, que como leones se arrojaban sobre aquellos formi»dables veteranos que acababan de poner á sus plantas las primeras »potencias de Europa, y habian sido tenidos hasta entonces por in»vencibles.

»Aprovechándose el capitan general de la especie de estupor y »desaliento que parecia advertirse en las tropas enemigas que comba»tieron sobre el reducto, escarmentadas por la firmeza de las nuestras »y la considerable pérdida que aquellas tuvieron, dispuso una salida »con el fin de clavar algunas baterías y destruir sus obras mas inme»diatas. A media noche se emprendió esta arriesgada operacion, con»fiándola al valiente coronel de ingenieros Simonó, al teniente coro»nel Marin y otros jefes, quienes la dirigieron y completaron con el »mejor éxito. Cuantos franceses habia en la primera y aun en la se»gunda paralela, todos fueron sacrificados. Se destruyó cuanto se en»contró, se inutilizaron sus obras, se arrasaron sus dos principales ba»terías, y se clavó su artillería. La alarma y el espanto se difundió »en el campo enemigo, que huia presuroso sin saber dónde, en me«dio de las sombras de la noche. Todo su ejército se puso sobre las »armas, y vuelto en sí y sosegado del primer acceso de sorpresa y de

»terror, se dirigió en gruesas columnas hácia el paraje de la escena; »pero ya no halló á los causantes de los estragos, que veian con susto »y admiracion, pues habiendo llenado el objeto de su expedicion, se re- »tiraron á la línea y al reducto, satisfechos del feliz éxito de tan arries- »gada empresa, sin haber esperimentado considerable pérdida.»

Pronto reparó sus obras el enemigo, y los dias siguientes batió con mas furia este punto. Sus defensores tuvieron que abandonarlo el dia 15 entre ocho y nueve de la noche, y el enemigo se hizo dueño de unas miserables ruinas empapadas en la sangre de tantos esforzados campeones.

Despues de los mas recios combates, los enemigos fueron apoderándose de todos los puntos exteriores, y estrechando mas el cerco. El dia 17, desde San José rompió el enemigo un fuego vivísimo contra las tapias que tenia enfrente. Toda la ciudad estaba cercada por numerosas divisiones; y por mas que los nuestros en sus repetidas y arrojadas salidas las atacaban, ningun gran resultado conseguian.

El 22 de Enero se encargó el mariscal Lannes del mando en jefe del ejército sitiador, que á las órdenes de este valiente jefe, entendido y esperimentado, su accion fué mas uniforme y sus ataques contra la ciudad mas temibles.

Con mil trabajos, y despues de abiertas grandes brechas, consiguieron los franceses introducirse en la ciudad. Antes de esto probó el general francés las negociaciones; pero el caudillo aragonés le contestó con su acostumbrada energía.

El dia 24 de Enero á las once de la mañana llegó un parlamento con un pliego á la presencia de Palafox. El general francés, despues de pintar la angustiosa situacion en que se encontraba España, decia: «Si á pesar de esta exposicion, persiste V. en defender la plaza, seria muy reprensible. Considere V. con reflexion que sus cien mil habitantes serian víctimas de una obstinacion imprudente.»

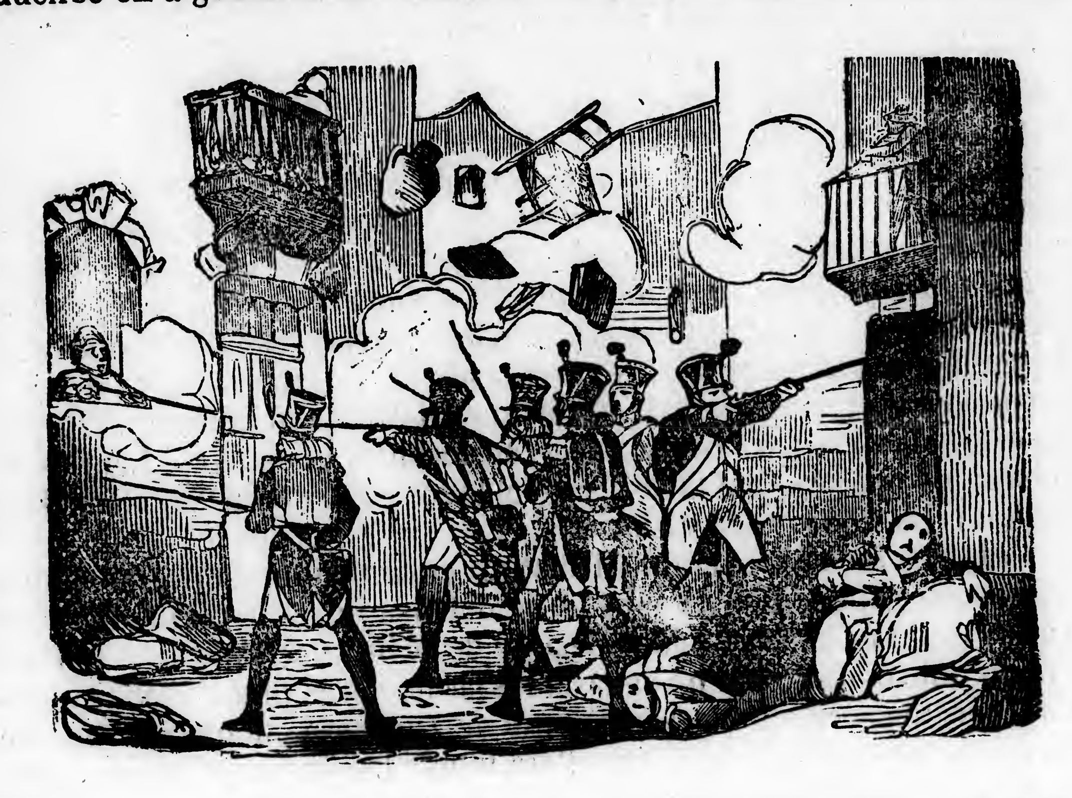
«Señor general, contestó Palafox: el árbitro de los cien mil habitantes que encierra esta ciudad, no lo es el mariscal Lannes. S.E. se cubriria de gloria si se apoderase de ella cuerpo á cuerpo y con la espada, y no con bombas y granadas, que solo aterran á los cobardes. Conozco el sistema de guerra que sigue la Francia, y España la enseñará á batirse. Esta ciudad sabrá cubrirse de gloria sobre sus propias ruinas; mas el general de Aragon, ni conoce el temor ni se rinde.»

Al mismo tiempo hacia echar en los puestos avanzados del ejército francés proclamas escritas en seis lenguas, francesa, latina, italiana, alemana, española y vascongada, invitando á los franceses á desertar de sus banderas, y reunirse á la de la independencia española. Un fraile llegó á tanto su temeridad, que con un crucifijo en la mano se adelantó hasta cincuenta pasos de los franceses y se puso á predicarlos;

pero ellos, que no entendian el español, dispararon sus fusiles al aire, segun dicen los escritores, y entonces les volvió la espalda y se retiró á la ciudad.

Los franceses en es sitio se propusieron rendir la ciudad á todo trance sin omitir sacrificio por costoso que fuese, y hasta atropellando las leyes mas santas de la humanidad. Sí, pues los mariscales franceses prodigaron la sangre de los valientes soldados que mandaban y destruyeron la invicta ciudad de Zaragoza.

Despues de muchos dias de terrible pelea, logró el enemigo introducirse en algunas calles. Entonces empezaron aquella larga serie de



combates encarnizados que con horror cuentan los anales de la historia moderna. Cada casa era un fuertísimo baluarte. El enemigo, desde los edificios estramuros de que se habia hecho dueño á costa de mucha sangre y de costosos sacrificios, lanzaba innumerables proyectiles sobre los puntos de la ciudad no ocupados por él. En todo el mes de Febrero pareció Zaragoza un infierno. De dia y de noche no se oia mas que el estampido del cañon, las esplosiones de las minas que volaban los edificios y las de las bombas que los aplanaban, las imprecauciones, los gritos de rabia, los quejidos de las víctimas y el terrible estruendo de fusilería. Todos los horrores de la guerra cayeron sobre la infeliz Zaragoza. La ciudad volaba en pedazos por todas partes á impulso de las esplosiones de las minas que sitiados y sitiadores cavaban para des-

truirse mútuamente. Compañías enteras volaron por los aires en estas esplosiones. Mas de una vez en el discurso de este largo sitio se verificaron los horrorosos combates de contra-mina, de que unos y otros quedaban al mismo tiempo muertos y sepultados. Los habitantes habian puesto en comunicacion las casas horadando los tabiques, y cuando los franceses estaban en ellas, desde los sótanos, los pisos altos y las escaleras se les hacia la guerra mas cruel y mortífera; no les quedaba otro recurso para apoderarse de ellas que poner gran cantidad de pólvora en algunas de las habitaciones bajas y volarlas, juntamente con sus denodados defensores. Los principales edificios, como el convento de San Francisco, la Universidad y otros, habian volado por los aires á impulso de las minas, pues de otra manera bien conocian los generales franceses que no era posible tomarlos. El 1.° de Febrero tuvo el enemigo la pérdida irreparable del jefe de ingenieros, el general Lacoste, que fué herido de un balazo en la frente al apoderarse de unas cuantas casas destruidas. El soldado francés empezaba á murmurar y á manifestar claramente su descontento, diciendo *que se les destinaba á perecer en su totalidad bajo las ruinas de la plaza, y que era justo que los demas cuerpos del ejército francés cooperasen á una empresa tan gigantesca.* La epidemia mas horrorosa y la escasez de víveres vinieron á poner el colmo á tantas desgracias. El mismo Palafox cayó enfermo. A pesar de esto, la resistencia continuaba con teson; y el mariscal Lannes, al mismo tiempo que alentaba á sus soldados, escribia á Napoleon dándole noticia de lo que acontecia.

«Jamás he visto, señor (decia) un encarnizamiento igual al que »muestran nuestros enemigos en la defensa de esta plaza. He visto »á las mujeres dejarse matar delante de la brecha; cada casa requie»re un nuevo asalto. Si no tomáramos las mayores precauciones nues»tra pérdida seria inmensa... El sitio de Zaragoza en nada se parece »á nuestras anteriores guerras. Para tomar las casas nos vemos pre»cisados á hacer uso del asalto ó de la mina. Estos desgraciados se »defienden con un encarnizamiento, del cual no es fácil formarse »una idea. En una palabra, señor, esta es una guerra que horroriza. »La ciudad arde en este momento por cuatro puntos distintos, y »llueven sobre ella centenares de bombas; pero nada basta para in»timidar á sus defensores. Al presente trato de apoderarme del arra»bal, que es un puesto importantísimo. Así que caiga en nuestro poder »espero que la ciudad no resistirá largo tiempo.»

Pero tanto valor, tanto heroismo y tanta abnegacion tuvieron que sucumbir á los multiplicados golpes de la desgracia, y el 21 de Febrero capituló la capital de Aragon, despues de 62 dias de trinchera abierta, de los cuales ocuparon 29 para entrar en la plaza, y 33 en los combates de casa en casa.

Nada pinta mejor el estado de Zaragoza cuando los franceses se apoderaron de ella, que las siguientes líneas de un historiador francés:

«La ciudad toda ofrecia el espectáculo mas horroroso: las casas acribilladas por las balas de cañon, despedazadas por las bombas, abiertas por las esplosiones de mina, y otras todavía humeantes: cadáveres en putrefaccion tendidos por todas las calles, embarazando los sótanos y las escaleras, ó medio sepultados en las ruinas; las calles barreadas con los escombros ó los traveses: el desaseo, la inflamacion del aire, la miseria, el hacinamiento de mas de 100.000 individuos en una poblacion que no contenia ordinariamente sino 45.000, las privaciones inseparables de un largo sitio... Todas estas plagas habian producido una epidemia horrorosa que consumia en aquella sazon lo que habia perdonado la guerra; pues sucumbian seiscientas víctimas diariamente al contagio. En medio de las ruinas y de los cadáveres que llenaban las calles, veíanse discurrir errantes algunos moradores pálidos, descarnados, próximos á seguir bien prontoá los que por falta de fuerzas no habian podido enterrar.» Era un cementerio.



¡Tantas calamidades fueron necesarias para que la moderna Numancia se rindiese!

Los franceses hallaron en casa del general Palafox un hornillo de pólvora cargado y con su mecha prevenida. Habiéndole preguntado el mariscal Lannes qué intentaba hacer con él, le contestó el héroe: *para no verme en el extremo de capitular.*

De 11 á 12.000 hombres tuvieron de pérdida los franceses, de sus mejores tropas. Nosotros perdimos en los dos sitios á causa de la epidemia y de la guerra 53.873 personas, segun la razon tomada por el alcalde mayor don Antonio Morell de Solanilla.

No hay que hacer mencion de nadie en particular, sino de toda la guarnicion y de todos los habitantes de Zaragoza, hombres mujeres y niños, pues todos se portaron como verdaderos españoles.

Diez mil prisioneros fueron trasportados á Francia. La capitulacion fue villanamente violada. El general Palafox fué encerrado en el castillo de Vincennes, contra lo que se habia estipulado, y no salió de este cautiverio hasta el año 1814. Del joyero del templo de la Vírgen del Pilar se sacaron alhajas por valor de 2.588.230 reales, que sirvieron para saciar la avaricia de los generales franceses. La ciudad fué entregada al saqueo, y cometieron los enemigos las tropelías, desacatos y profanaciones mas espantosas. Pero lo que mas horroriza es el cruel suplicio que el mariscal Lannes ordenó contra el P. Basilio Boggiero, ex-provincial de las Escuelas Pias, y el valiente presbítero don Santiago Sas, en pago del ardiente patriotismo que estos dos grandes hombres demostraron en tan aciagos dias, ayudando al general Palafox con sus luces á tomar las grandes medidas de defensa que tan críticas circunstancias exigian, y alentando á sus defensores, presentándose los primeros en el peligro. Fueron encerrados en un oscuro calabozo, y despues muertos á bayonetazos en el Puente de Piedra por los soldados que los escoltaban. ¡Así manchó su vida el mariscal Lannes, y violó el artículo 4.° de la capitulacion, por el cual se habia obligado á respetar las vidas y haciendas de los habitantes! Muchos de los infelices prisioneros antes de entrar en Francia fueron fusilados, porque recien salidos de los hospitales apenas podian moverse.

¡Basta de horrores!

A pesar del decreto honorífico que espidió la Junta Central el 9 de Marzo de 1809, los valientes defensores de la siempre heróica Zaragoza no han recogido todo el fruto que merecen sus incomparables sacrificios. Sin embargo, en sus nobles pechos sienten el goce que proporciona al hombre honrado el haber cumplido con los deberes que al buen ciudadano impone la patria y el honor, y se consideran felices.

FIN.